



Capítulo – Navidad 2025

Emmanuel – Un tiempo de renovación gozosa y de paz (Lucas 2, 1-20)



Muy queridas hermanas y amigos:

La Navidad nos llega rodeada de imágenes familiares: luces brillantes, villancicos, belenes, árboles de Navidad, Papá Noel y reuniones festivas. Pero tras estas escenas externas se esconde la profunda verdad que realmente celebramos: el nacimiento de Jesús, Emmanuel – Dios con nosotros - la celebración de la gozosa renovación y redención del mundo por parte de Dios.

Al concluir este año jubilar, y en sintonía con su tema de renovación, he elegido Lucas 2, 1-20 para nuestra reflexión: el Evangelio de la Misa de Vigilia de este año. Reflexionemos sobre este texto



juntos, como comunidades y familias, y sintonicemos nuestros corazones con las inspiraciones del Espíritu, que nos revela el significado más profundo de la Navidad este año. En las reflexiones que siguen, ofrezco el fruto de mi propia lectura orante de este relato bíblico.

En primer lugar, nos damos cuenta de que encontramos a personas comunes y corrientes — María, José y los pastores — enfrentándose a dificultades comunes y corrientes: un largo viaje, pueblos abarrotados, falta de alojamiento en la posada y el trabajo silencioso de la vida cotidiana. Nada en sus circunstancias sugería gloria o promesa. Y, sin embargo, es en medio de esa sencillez, pobreza y limitación humana

donde Dios decide irrumpir en nuestro mundo, trayendo renovación y nueva vida.

El relato de navidad de Lucas nos enseña que la obra de Dios comienza en lugares inesperados y a menudo echa raíces en los espacios más recónditos y humildes de nuestra vida. Jesús no nació en un palacio ni en un templo, sino en un sencillo pesebre; nació en el camino, y los que vinieron a verlo eran pastores, no reyes. En este humilde comienzo, Dios nos dice con delicadeza: Estoy cerca; el cambio es posible; una nueva vida comienza justo donde estás. Dondequiera que nos sintamos pequeños, agobiados o ignorados, Dios llega con una fuerza silenciosa. En el relato de Lucas, hay un lugar especial para los sencillos, los modestos, los sin techo y los impotentes. Trae esperanza a todos los que están marginados, desplazados y sufren en nuestro mundo actual.

La segunda cosa que me conmueve es el mensaje de los ángeles: *«No temáis. Os traigo buenas noticias de gran alegría para todo el pueblo»*. Qué reconfortante es darse cuenta de que la alegría es la primera palabra de Dios a un mundo quebrantado. Antes de pedirnos nada, Dios nos da alegría, no una felicidad superficial que se desvanece, sino la profunda certeza de que Dios está con nosotros y de que las cosas no se quedarán como están. La alegría navideña no significa la ausencia de dificultades, sino la presencia de Cristo en ellas. Cada vez que acogemos a Cristo en nuestros corazones, en nuestras decisiones y en nuestras relaciones, se produce una renovación silenciosa y la alegría encuentra su lugar en nuestra vida cotidiana.

La tercera cosa que conmueve mi corazón es el canto de los ángeles: *«Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres en quienes Él se complace»*. Su proclamación trasciende las

fronteras, uniendo el cielo y la tierra en una sola realidad. La buena noticia de la Navidad es que Dios se acerca a la humanidad, que su gloria toca la tierra de nuestras vidas y que la paz se ofrece al mundo. En el nacimiento de Jesús, estas distancias y divisiones desaparecen, y se restaura la comunión.

A lo largo de las Escrituras, la «gloria» de Dios no es una idea abstracta, sino la señal radiante de su presencia entre nosotros. Para el pueblo de Israel, era una poderosa garantía de que Dios estaba cerca y caminaba con ellos. En el Evangelio de Juan, esta misma gloria se encarna en Jesús: la presencia de Dios, que tiene un rostro, una voz y una vida que podemos contemplar.

La gloria de Dios, que irradia desde el Cristo recién nacido, no solo nos inspira, sino que nos transforma. Nos trae paz —shalom— una plenitud profunda y vivificante que nos renueva desde dentro. La paz anunciada por los ángeles es el don misericordioso de Dios, ofrecido a todos los que se abren a la presencia de Cristo. Por medio de Él, la paz del cielo se instala en la tierra y en nuestros corazones. Que nuestros corazones renovados se conviertan en instrumentos de paz en nuestras comunidades, escuelas, parroquias, lugares de ministerio y familias.

Por último, el aspecto misionero del relato. Tras su encuentro con Cristo, los pastores se convirtieron en mensajeros de alegría y paz. El encuentro con Cristo transforma sus vidas; se convierten en los primeros en proclamar la gracia renovadora de Dios. La Navidad nos invita a hacer lo mismo: habiendo recibido alegría y paz, ahora estamos llamados a compartirlas con los demás.

La Navidad es más que un recuerdo del nacimiento de Jesús en Belén; es una celebración de la gloria de Dios, de la presencia transformadora de Dios en nuestras vidas hoy. Cada acto de bondad, paciencia, perdón y generosidad se convierte en un pequeño pesebre donde Cristo renace en nuestro mundo actual.

Durante este tiempo de navidad, dejemos que Cristo nazca en nuestras comunidades y familias, en nuestros esfuerzos y luchas, y en nuestras esperanzas y temores. Dejemos que la gloria de Dios, la gracia de su amor, fluya en nuestros corazones, renovando nuestras vidas, transformando nuestras relaciones interpersonales y reavivando nuestra pasión por nuestra misión. Apreciemos cada momento ordinario de nuestras vidas, reconozcamos las necesidades y el sufrimiento oculto de los demás, y encarnemos el espíritu de compasión y servicio, revelando la presencia amorosa de Dios entre nosotros: Emmanuel.

¡Con toda nuestra oración por una feliz Navidad y un Año Nuevo 2026, lleno de paz!



Hna Rekha Chennattu, RA
Superiora General

19 de diciembre de 2025